

Emmanuel Carballo en los sesenta

Entretelas

Felipe Garrido

Emmanuel Carballo tuvo la generosidad de publicarme por primera vez en mi vida un cuento, en la Gaceta del Fondo de Cultura Económica, que él llevaba junto con Manuel Andújar. (Esa fue la impresión que yo tuve). No recuerdo el título aunque sí vagamente el tema: un hombre ve venir a otro y le tiende una emboscada. Luego descubre que se ha venadeado; que él es, al mismo tiempo, quien disparó y el muerto. (Lo que no es una mala imagen de mi vida). Esto fue, me imagino, hacia 1963. Hoy que lo recuerdo me asomo al Diario público que Emmanuel llevaba por esos años. Para cualquiera que se interese en nuestra cultura, en cómo se ha formado nuestra industria editorial, más de una obra de Carballo tendría que ser lectura obligatoria. Esta, de seguro. Doy una muestra:

DIARIO PÚBLICO

Del 13 al 19 de junio de 1966. El jueves por la tarde estuvieron en casa Merlin H. Forster, Miguel Capistrán y Alfonso Rangel Guerra. Ellos tres, yo y otros amigos perpetramos un proyecto editorial modesto y necesario (ya hablaré de él en otra ocasión, por ahora es un secreto).

Del 6 al 12 de junio de 1966. En 1966, a los 37 años, habitaba satisfecho con Neus Espresate una cómoda casa en la calle de Comercio y Administración, a unos pasos de la Universidad, había publicado mi segunda antología del cuento mexicano (la del 64) y la primera edición de los *Protagonistas*. Me interesaba la Revolución cubana (entonces sí, admirable y deslumbrante), el marxismo, escribir de política en los periódicos y el negocio editorial (ese año inicié Diógenes, al principio con Giménez Siles, casa editora que mantuve a lo largo de 20 años).

Del 20 al 26 de junio de 1966. La cita era a las doce y media de la mañana en el tercer piso del Palacio Nacional, la oficina del secretario de Hacienda, el licenciado

Antonio Ortiz Mena. Cuando llegamos Neus y yo, ya estaban allí don Martín Luis Guzmán, don Rafael Giménez Siles, los hermanos Francisco y José Antonio Pérez Porrúa y Carlos Noriega. Momentos después, íbamos a comprobar que la iniciativa para crear el probable Centro de Estudios para el Desarrollo y Protección de la Industria Mexicana del Libro era aprobada por el gobierno mexicano y se nos pedía que de inmediato la hiciéramos efectiva.

El licenciado Ortiz Mena, a quien conocía únicamente en fotografías, me pareció tan impecablemente neutro como lo imaginaba. Mortecino más que barroco, habló con voz de cortos alcances y escasos resplandores. Estuvo con nosotros unos cuantos minutos: el tiempo necesario para que nos expusiera el pensamiento del Supremo Gobierno.

Nos dijo que como presidente de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica, y cumpliendo instrucciones del presidente Díaz Ordaz, ponía a disposición de los editores que representan intereses nacionales las instalaciones con que cuenta el Fondo en el extranjero para que se exhiban y vendan sus libros. Y lo que es más importante, que el Fondo pagaría de inmediato las facturas de venta que le presentaran los editores, y que esta casa se encargaría después de cobrar a los libreros de América Latina y España. De este modo la industria mexicana del libro competirá en el mismo nivel con las industrias argentina y española (por primera vez, los editores pequeños se podrán sentir grandes). Nos dijo, por último, que nos pusiéramos en contacto con el director del Fondo, el licenciado Salvador Azuela, para acelerar los trámites burocráticos de esta iniciativa. Para evitar suspicacias, se refirió a que esta medida es libre, que pueden acogerse a ella quienes así lo deseen y no usarla quienes cuenten con los medios de distribución adecuados.

Esta iniciativa fue ideada por Rafael Giménez Siles y tomó forma en las reuniones que celebró el Centro de Estudios en la casa de Jaime Torres Bodet. En su oportunidad, don Jaime y don Martín la hicieron llegar al



Emmanuel Carballo



presidente Gustavo Díaz Ordaz, quien desde un principio la vio con simpatía. [Nota de 1992. Esta medida, que pudo cambiar el rumbo de la industria editorial, nació muerta].

Del 21 al 27 de noviembre de 1966. Por fin comienza a ganarme la idea de publicar mis poemas. Diversas razones (la más importante es que no me gustan como quisiera que me gustaran) me habían impedido buscarles acomodo en periódicos y revistas. Ayer los leí con la misma certidumbre con que el agua se convierte en hielo, y la prueba me indica que debo darlos a conocer.

[Nota de 1993. Todavía le di vueltas al proyecto durante más de un lustro. Por fin lo publiqué, con el título de *Eso es todo*, el año de 1972 en mi editorial Diógenes. Hoy lo he vuelto a leer y creo que es un libro decoroso, con aciertos y caídas. Muy de su momento, con la aparatosa caída del socialismo real, su lenguaje, que uso y del cual me burlo, tiene una extraña consistencia homérica, que va de la sombra al sueño].

Del 5 al 11 de junio de 1967. En los primeros meses de 1967 propuse a Carlos Monsiváis que escribiera una novela para la Editorial Diógenes que acabábamos de fundar Rafael Giménez Siles y yo. A José Luis Cuevas

le formulé la misma propuesta. Y les hice esta invitación sin que ninguno se dedicara a crear obras narrativas por un solo motivo: porque los dos oralmente contaban historias con limpieza y efectividad.

Del 25 de septiembre al 10 de octubre de 1967. En 1966 fundamos Editorial Diógenes y a partir del año siguiente comenzamos, don Rafael Giménez Siles y yo dimos a conocer los primeros libros y a pensar en la posibilidad de disponer de una revista. Acerca de este proyecto pedimos su opinión a Salvador Elizondo y a Gustavo Sainz. Ambos nos dieron sus puntos de vista por escrito el mismo día, el 8 de marzo.

Del 20 al 26 de noviembre de 1967. Alguien dijo, alguien a quien estimo mucho, que yo soy un hombre sin enigmas ni secretos por una sola razón, porque cualquier noticia una vez oída inmediatamente me sale por la boca; que soy incapaz de guardar una confidencia más allá de 72 horas, el tiempo previsto para hacerla mía o para divulgarla por carecer de encanto o de sentido. En líneas generales la definición sigue siendo válida, aunque a veces me dé mis mañas para despedazar esta imagen que me parece además de pobre, violentamente atentatoria contra la madurez y mis legítimas conveniencias.

Por tal motivo me ha costado trabajo durante varios meses una noticia que para mí no solo es importante sino también decisiva, el hecho de participar en un nuevo campo del circuito cerrado de la literatura. Si en un principio fui un lector bárbaro y apasionado, si después sentí la necesidad de expresarme en verso y prosa narrativa y más adelante las circunstancias me forzaron a ejercer la crítica, hoy puedo decir, con el entusiasmo de un recluta, que he sentado plaza como editor, como modesto editor que quizá por soberbia no se propone transitar los caminos del éxito previsible y fácil.

En esta empresa en la que nos acompañamos don Rafael Giménez Siles y yo (él es la experiencia y la lucidez demostrada a lo largo de mil y un libros, yo la audacia del que se atreve a decir, en voz alta y sin sonrojos, que dos y dos suman cuatro), y que se llama Diógenes, se pretende dejar camino por vereda, competencia por descubrimiento, fama por servicio, y aseguro que antes de

preferir procedimientos tan anómalos pesamos en balanzas de boticario cada uno de los riesgos que esta actitud supone.

En este momento, entre nosotros existen editores que cumplen satisfactoriamente sus tareas, con imaginación por una parte y, por la otra, con habilidad financiera que permite ir soportando las pérdidas y las contrariedades. En el terreno específico de la literatura destaca Joaquín Díez-Canedo, quien ha sabido reunir de un modo unitario la visión ecuménica de su padre (el generoso don Enrique) y sus propias ideas, que concilian la etapa de fabricación casera (en la que intervienen la astucia y el amor), y las nuevas direcciones que consideran el libro como una mercancía tan necesaria como el azúcar y los frijoles y tan digna, como ellas, de ser promovida como un artículo de primera necesidad para una clase cada vez más próspera e inquieta, la burguesía, que tiene como lema “no solo de pan vive el hombre”. Y como le sobra el pan, puede darse el lujo de crear nuevas necesidades, entre ellas el uso de los bienes de consumo que en este caso se pueden definir como inofensivos y gratuitos. Díez-Canedo ha sabido diagnosticar quiénes son sus clientes y cuáles son sus apetencias, dictamen que lo reputa como un hombre y un editor comprometido con el gusto de su público. Joaquín ha creado así un círculo de autores habituales a los que promueve con esmero y quizá con eficacia.

Como dije líneas arriba, Diógenes no pretende competir en líneas de producción satisfactorias y ascendentes sino dar a conocer, hasta donde sus limitaciones se lo impidan, autores primerizos o hasta ahora no del todo establecidos, pese a sus excelencias, que quizás algún día vengán a robustecer la joven literatura mexicana o ampliar los contornos de nuestra prosa más significativa.

Nuestro primer título es una novela, *El río de la misericordia*, de Mauricio González de la Garza. Se trata de una obra tradicional en la estructura y muy de hoy en la manera como mira el mundo en que sufren, se embrutece o mueren los personajes. Quizá lo que más admire de la novela sea el talento natural de Mauricio para referir historias, presentar personajes y conceder vida y verosimilitud a los sucesos pequeños y casi siempre intrascendentes que incendian la modorra de Nuevo Laredo.

Del 5 al 11 de febrero de 1968. Si *Los juegos verdaderos* fuera una novela en la que yo nada tuviera que ver podría decir sin problemas de conciencia que soy un crítico generoso y objetivo. Pese a que la novela la publica Diógenes, empresa con la que estoy obligado, al juzgarla no me dejo conducir por la conveniencia ni por la publicidad. Me gusta y, es más, me entusiasma, estoy convencido desde ahora de que manejo razones y no buenas intenciones.

